

Unas 1600 palabras sobre el dolor

Rubén Adail



Image not found.

Capítulo 1

UNAS 1600 PALABRAS SOBRE EL DOLOR

Rubén Adail

PRÓLOGO

Porque sí. Porque el dolor es así.

Mil libros se han escrito sobre él. Miles y miles de relatos ahondando en lo más profundo de ese terrible sentimiento. ¿Para mí? Para mí lo significa todo. Lo he abrazado de todas las formas en las que se puede hacer y lo adoro. Es la herida más grave, la que nadie puede ver y la que más tarda en sanar.

De cara a la galería todos estamos fabulosos. Somos perfectos seres de felicidad suprema. Mentira. Todos cargamos con él. Todos cargamos con las derrotas y con una frustrante debilidad. Mantenemos todo eso dentro por siempre jamás. Nunca se olvida, puesto que el dolor es la base de la vida. Lo previo a la felicidad. Sin él no se puede existir. Es nuestra esencia.

Aquí os dejo un trocito de mi propio dolor y unos cuantos que me han acompañado por el camino.

ÍNDICE

Es mejor tocarlo

Cobardía

Bajo mi máscara

Una muy breve historia de cada día

Dos

La virtud secreta

Un pedazo de tela

ES MEJOR TOCARLO

Es casi imposible escribir sobre amor sin dolor.

Todo empezó con una chica especial, que trabajaba en una encantadora perfumería. De mejillas sonrosadas y tez blanquecina. Una chica que vivía del aire y de ilusiones. Menudita y preciosa. Su poco apetito por lo mundano forjó todo aquello en lo que se convirtió.

No sabes quién soy pero quédate conmigo. Un ratito más, por favor.

— ¡Maravillosa y pura humildad! No eres consciente de la hermosa magia que desprendes. ¿Cómo es posible? — te pregunto sabiendo que no me contestarás —. ¿Cómo es posible que no sepas que eres tan especial? ¡Mírame! ¿A qué estás esperando?

Vives tu vida en una burbuja de cristal, creyéndote invisible para el resto del mundo. Pero no es así, te lo aseguro. Tus pequeños pasos, aunque cortos e insonoros, están cargados de una solemnidad imponente. Tus gráciles movimientos, dulces y suaves, conquistaron los ojos y el corazón de un cualquiera.

Rompe tus votos. Los que juraste ante Dios. No sirven de nada. Rómpelos.

Una chica menudita, que de aire e ilusión se alimenta, no sabe que existo. Tú serás el mundo para mí y yo viviré de esa falsa felicidad. Cogeré un papel y dibujaré un pentagrama. En clave de fa escribiré la más bella de las sonatas. ¡Sí, en clave de fa! ¡Estilizada y preciosa como eres tú!

Quizás, de esa manera, si algún día la escuchas por caprichos del destino, te des cuenta que el corazón de un desconocido fue tuyo.

COBARDÍA

Un coche.

La persona que me dio la vida.

Yo.

Se acabó, llegamos al punto de no retorno. Tu frase. Sencilla y certera.

— Guarda esas lágrimas para más adelante, que seguro te harán más falta — dices sin más.

Un corazón destrozado. Intento nadar en la tierra para no hundirme.

Mis ojos se ven amenazados por más de un millón de lágrimas. Intento, con todas mis fuerzas, que no caigan. Miro al infinito, intento bloquearme. Intento dejar de oír, de pensar, de sentir. No puedo. Ya no. Soy débil, no logro aguantar.

Caen. Dibujan, amargas, un pentagrama en mi demacrada cara. Mi mano se acerca para borrarlo pero no lo consigo. En su lugar escribo una clave de fa y, por notas, cada sílaba que sus labios han pronunciado.

¿Quién sabe? Quizás, algún día, alguien haga música de mi dolor.

Esas palabras, itus palabras!, esconden más de lo que aparentan. Esconden miedo a lo desconocido, rechazo y una maldad inusitada. Poco o nada podrá hacer el futuro por cambiarme de parecer. Maldad, jodida y puta maldad que has usado en mi contra. Has pronunciado odio.

Un solo segundo me ha bastado para volverme loco. Es normal que por amar me dañes, ¿verdad? No soy natural, llevas razón, estoy enfermo. No me enfrento a ti. Prefiero no hacerlo. No tengo valor. Soy un cobarde.

Dices que te preocupas y quiero creerte.

BAJO MI MÁSCARA

Bajo mi máscara soy feliz.

Durante el día es más difícil, de verdad. Suelo andar divagando entre ensoñaciones y música triste de piano. Por las noches es mejor. Ahí es cuando forjo mi realidad. Dibujo las más bellas quimeras que mi mente puede regalarme y vivo en ellas. ¡Son tan bellas!, que me entristece demasiado saber que jamás llegarán a hacerse realidad. Son imposibles pero me conformo.

Me conformo con ellas, sí. Hacen que mi vida... que todo... sea más

llevadero.

— ¡Vivo de sueños! ¿Y qué? ¿Acaso importa?

Te hablo a ti, pared, porque si dijese esto en voz alta, me llamarían loco. De hecho, si hablaras, me dirías lo jodidamente loco que estoy.

La gente suele gritar a los cuatro vientos que no importa lo que digan los demás. ¡Oh dios mío! ¡Pero que frase de inigualable belleza! ¡Qué credo más bonito! ¡Qué valentía!

¡Qué triste mentira!

Sí que importa. Siempre importa.

Toda mi vida he intentado ser normal, a sabiendas que no lo soy. Esta es mi condena. Mi jodida y puta condena.

Dejadme que os de un pequeño consejo: ocultar quien eres en realidad no es nada sencillo, ha de hacerse de forma limpia, sin cabos sueltos. ¡No debe haber ni uno!

Os lo dice alguien que lo ha conseguido. Nadie sabe quién soy excepto el silencio y la soledad. La noche y mis sábanas. Mi mente. Esa tan turbia y que tanto me quiere. ¿El resto? No me importan. No quiero que me conozcan de verdad. Sería regalar mis debilidades y mis sueños a unos demonios hambrientos de tus desgracias. Eso si es estar loco, pero de atar.

— ¡Mi vulnerabilidad es mía y solamente mía! ¡Enteraos bichos chupa-desgracias! ¡Nunca me encontraréis!

LA BREVE HISTORIA DE CADA DÍA

Dejadme que os cuente una pequeña historia, tan breve, que cuando acabéis, os parecerá no haberla leído jamás.

De ella hablaron y escribieron a partes iguales. De ella, opinasteis, aunque no la conocíais. Os dio igual. Habláis sin razón, sin motivo, sin conocimiento. Está socialmente aceptado, al parecer.

Perdón. No quiero desviarme.

Nunca os diré su nombre y apellidos. ¿Qué más da si no os vais a acordar? Ella fue una triste estadística. Un maldito número más. Fue nadie. Se convirtió en cenizas. Pero, ¿sabéis qué? Antes ella no era así.

Fue una niña, una muy bonita, que se convirtió en mujer. Un bello ángel, confiado y enamorado de la vida, que se dejó engañar por el mismísimo demonio. Fue una musa que no sabía de música y que por ella fue engañada. Como tantas otras.

¡Yo! ¡La mismísima muerte! Os contaré lo que en ese último aliento sintió:

Las fuertes manos de una bestia — las mismas que prometieron respetarla y amarla — se acercaron a su cuello.

Tenía miedo. Creedme, yo estaba a su lado.

Cerró sus ojos y me dejó entrar en ella. Comencé a escuchar una preciosa sonata en clave de fa. ¿Pero qué oía? La primera melodía que bailó con él.

La dulce dama evocó, para mí, su primer beso. ¡Fue tan hermoso!

Sentí sus primeras miradas.

Sentí el dulce tacto de sus manos entrelazadas.

— ¿Por qué? — le pregunté llorando.

— Porque lo amo.

DOS

Nunca te habíamos pensado, y como de la nada, sin aviso previo, apareciste para dar luz a nuestras sombras.

Nos hiciste imaginarte. Vestiste de ilusión nuestra vida. Rompiste, con ímpetu, las cadenas que nos unían al miedo a madurar.

Y un día de mayo el destino nos maldijo.

— Hay dos almas gemelas en ti, pero sus corazones han decidido no latir — dijo aquel hombre con la dulzura que su voz permitió.

La ilusión fue creada por uno, pero el daño ha sido por dos .

Os miré por primera y última vez en mi vida. Mi mundo se tiñó de rojo e hice de la ira y el dolor mi estandarte. Dos corazones explotaron en mil pedazos envolviendo en sangre dos almas. Os marchasteis antes de

llegar, casi sin molestar.

Nadie más se daba cuenta de las lágrimas rojas que ella derramó, y las besé una a una, intentando robar su dolor, y como un loco rabioso cargo con una culpa, que según comentan, no me pertenece. Temo que jamás se marche.

Cada noche, antes de partir al mundo de los sueños, intento pensar en vosotros como una ilusión perdida.

No lo consigo.

Os amaré siempre.

LA VIRTUD SECRETA

Cuando se alejó de aquel edificio blanco, marcado por atroz sufrimiento, sólo podía pensar en que alguna vez alguien le dijo que siempre le necesitaría. Él nunca le hizo caso. Le gustaba ignorarla y, cuando le pedía que la sacara a bailar, simplemente no la miraba.

Hizo falta un momento, el más pequeño del mundo, para darse cuenta de que debía encontrarla. La había dejado atrás y tenía que recuperarla. Tendría que desarmar su interior para poder ofrecerle el baile que siempre le había negado.

Pero... ¿le perdonaría?

La había abandonado tantas veces... en infinitas ocasiones se la había dejado en los lugares más ocultos. Se armó de valor. Decidió, a la desesperada, salir a buscarla. Viajó durante toda la noche. Sin moverse. Luces y sombras se entremezclaban atormentándolo. Si no la encontraba prefería no volver, porque volver sin ella era igual que morir.

Como un amante loco en busca de su amada, así se sintió. No se dio cuenta de que ella estaba más cerca de lo que él pensaba. Pasaron las horas, los días, las semanas y los meses y la loca desesperanza lo envolvió.

La locura, una cama blanca y las palabras secretas de un bello árbol hicieron que por fin, la virtud secreta, apareciese. Aunque ya era tarde, una sonrisa triste se dibujó en su alma.

Esperará...

UN PEDAZO DE TELA

Lo estoy viendo y él ni siquiera lo sabe.

Enseguida empieza a coserme el pecho como si yo fuese un pedazo de tela. No me está quedando mal del todo. No hay jirones en mi pálida piel. Lo cierto es que me da un aire encantador y misterioso. Se preguntarán por lo que me ha pasado. De hecho jugarán a eso; se inventarán historias sobre mí.

Ya no duele.

— ¿Qué hago pensando en el futuro cuando ni siquiera sé que va a suceder en el presente?

No lo sabe nadie. Para seguir con vida tengo que despertar y aceptar aquello que un desconocido me ha regalado — que amable quien sea, me lo ha dado sin pedir nada a cambio — o eso están diciendo mientras acaban tan ardua labor de confección. Lo peor ha pasado...dicen.

Ya no duele.

Mis padres están asustados, muy asustados, y los intento calmar. Pero no me ven. No me sienten. Nada.

Quedan muchas horas al parecer para que vuelva. Y para cuando lo haga, el dolor se habrá marchado para siempre. Eso espero, porque ya no duele.